

Carta a Augusto Mijares. sobre "La Interpretación Pesimista de la Sociología Venezolana"

La Dirección de Cultura del Ministerio de Educación Nacional ha publicado, en forma de libro, los valiosos estudios críticos del renombrado es critor Don Julio Planchart, digno homenaje a quien vivió consagrado a labor eminente en las letras, la docencia y la diplomacia.

De esa importante reproducción insertamos la siguiente carta que dirigió el notable crítico a Augusto Mijares sobre su prestigioso ensayo «La Interpretación Pesimista de la Sociología Venezolana», tema sobre el cual hace invalorable consideraciones Don Julio Planchart en crítica y forma propias de su erudición y nobleza de letrado y de su acendrado patriotismo.

Londres, 24 de julio de 1938.

Señor Augusto Mijares.

Caracas.

Mi querido amigo:

Recibí su libro "La interpretación pesimista de la sociología hispano-americana" con mucho gusto porque venía de Ud. y éste hubiera sido mayor desde un principio, aunque ya las sospechaba, si hubiese conocido de antema-

no el acervo de ideas hondas contenidas en él y la elevación y claridad de su estilo.

Diré a Ud. que ningún trabajo me ha interesado tanto como el suyo sobre cuantos se han escrito últimamente en Venezuela respecto a asuntos sociológicos. Yo veo en Ud. uno de los escritores patrios que si se dedica ahincadamente al estudio de la filosofía de la historia nuestra, puede hacernos el bien de darnos la obra de verdadero mérito que aquélla se merece y estamos esperando desde hace tanto tiempo. Mas, verdaderamente, si no se tiene a algún estímulo, ya sea el de la propia naturaleza, o el de la necesidad material que pueda satisfacerse escribiendo, o el de la tranquilidad, y con ella hallarse en condiciones de dedicarles al pensamiento y a la investigación las mejores horas del día, es imposible salir avante con obra de mérito: y en Venezuela, desgraciadamente, fallan las diversas formas del estímulo. Si bien yo espero que Ud. encuentre el necesario para una obra de aliento largo, en la cual nos dé cuanto puede hacer en la filosofía de la historia venezolana; y ello no será poco, según lo muestra Ud. en la "Interpretación pesimista de la sociología hispano-americana".

Yo encuentro muy bien expresada y justa la tesis opuesta por Ud. a esa interpretación pesimista y desdeñosa. Su estada en el Archivo Nacional le ha servido para comprender y valorar el aporte de la Colonia en la formación de nuestra nacionalidad y la continuidad entre aquélla y la República. Sarmiento y Alberdi, hombres de mucho talento y de acción, no pudieron, por la época en que escribían, juzgar imparcialmente la obra de los españoles en América, y adolecían del natural complejo de inferioridad de los suramericanos, al comparar sus países nativos con la Europa del "Siglo de las luces" y con el crisol de razas estadounidense, y además les bastaba atri-

buirle el atraso latino americano a una causa plausible y conveniente a sus propósitos regenerativos y suficientemente probable con tales o cuales raciocinios, y partiendo de ellos, tal como de un postulado, poder indicar remedios, excelentes en sus resultados, para el estímulo del progreso. Eran utilitaristas y de ninguna manera historiadores. Querían, con intención patriótica, influir sobre su época y lo lograron con su interpretación somera y pesimista de la sociología suramericana. Estaban en su derecho y fueron útiles y grandes.

Bunge y García Calderón, escritores de elevada capacidad, cuyo pensamiento se crió a los pechos del materialismo, habían de ser por ello pesimistas. La segunda mitad del Siglo XIX fué en Sur América mucho menos original que la primera, y aquellos escritores tenían que estar a tono con las corrientes europeas de la interpretación de la historia; y, por tanto, eran inaptos para apreciar con sencillez el desenvolvimiento de ella. Y yo creo, juzgando por su ensayo, que Ud. es apto para estudiarla, sin pensar en ésta o aquella doctrina sociológica, aplicándole su buen sentido, con la sencillez que conduce a la sabiduría. Ud. está bien preparado para ello. Dedíquese algún tiempo diario a esa labor. Ud. tiene el estímulo en el gusto por esa clase de trabajo, y el instrumento en su verbo claro, limpio y elevado.

Yo pienso con Ud. respecto a la interpretación pesimista de nuestra sociología, y aún creo más: debíamos dejar a un lado para la conveniente interpretación de aquélla la idea del caudillo. Quizás convenga pensar que el caudillo nunca ha existido. Ud. no deja de tener razones para decir, dado el sentido de su estudio, que el caudillo es un subproducto de la guerra de la emancipación, pero aún así esa manera de expresarse, casi una fórmula, indica una **preocupación mental muy fuerte por la idea del caudillo.**

Este no ha existido sino como un resultado de causas inmediatas y necesarias que la evolución va haciendo inoecu, de una manera más rápida en unos países que en otros a causa de la propia historia, porque la historia hace a la historia. Venezuela y México parecen haberse retardado en encontrar el equilibrio en su gobierno, o mejor dicho en organizarse de modo que no sea menester la fuerza para mantener aquél. Yo abrigo la esperanza de que ya nuestra patria, para fortuna de las presentes generaciones, haya llegado a ese punto del camino de la historia, desde donde se ve un paisaje más luminoso y risucño.

El caudillo no es un fenómeno peculiar de la América latina. Es una de las manifestaciones de las escasas maneras que tiene la sociedad humana de organizarse y vivir en el mayor grado de seguridad. Fíjese en que los caudillos son populares y prestigiosos y las manifestaciones de adhesión incondicional de ciertos intelectuales al jefe, aún después de muerto éste, dependen de una convicción profunda de la necesidad de que ese jefe gobernara para el bien de sus gobernados.

El caudillo en Sur América surge por la misma causa que el jefe de la tribu en Africa o en Oceanía o en Tartaria, por la misma que los emperadores en Roma, el señor feudal en la edad media, el absolutismo de los reyes en el Renacimiento contra la desintegración representada por los restos del feudalismo, por lo que surgieron ambos Napoleones en Francia, y hoy Mussolini en Italia, Hitler en Alemania y Franco en España. La mayoría de la opinión acepta y acata estos movimientos, no sólo porque la fuerza se impone, sino porque ella equivale a seguridad para esa mayoría con el simple sacrificio de un bien menor: la libertad, porque lo material en el hombre priva sobre lo ideal por imperio de su naturaleza.

El caudillo nuestro había de ser como somos nosotros:

no representa la barbarie contra la civilización, expresa el término medio de nuestra semi-barbarie. Quizás si valdría más no enfocar este punto desde ese lugar de mira. Los términos barbarie y semi-barbarie son demasiado definidos, y resultan de la comparación de las condiciones físicas e históricas de nuestro país con las de países más afortunados. Quizás sea más conveniente emplear el término anterior: condiciones, sin calificarlo. Para comprender bien nuestra historia debemos simplificar y simplificar cada vez nuestros conceptos.

Si en los comienzos de la República los conservadores hubiesen podido producir un hombre de fuerza como el Portales chileno, probablemente la historia de Venezuela hubiera sido otra, pero la Revolución de la Independencia, además de política fué social e invirtió la organización de la Colonia. Digo los conservadores porque, mal que bien, ellos constituían una élite que, de tener ese hombre de fuerza, nos hubiera podido llevar a una organización menos instable; y como ellos efectivamente poseían mejores ideales de progreso que sus contrarios, nos hubieran podido conducir a un estado de mayor moralidad política que el de los últimos cincuenta años del siglo pasado y los transecurridos de éste hasta la muerte de Gómez. Mas por desgracia no tuvieron un hombre en el cual se unieran las cualidades de una inteligencia superior y las del hombre de fuerza. Bolívar gastó todas las suyas en la magna lucha y a Sucre lo mataron los que lo temían porque en él se juntaban esas cualidades; aunque quizás fuera, por excesivamente desinteresado, apolítico; y por otro lado, los acontecimientos no lo hubieran favorecido para impedir el desarrollo de caudillos como Páez y Monagas. Estos, sin embargo, no dejan de tener cierta grandeza. Nuestra vergüenza caudillesca se desarrolla en toda su plenitud, a pesar de Guzmán Blanco, con la guerra de la Federación y a partir de ella.

Los conservadores comprendieron bien que sin el hombre de fuerza no podían gobernar y por ello se asociaron a Páez, el de más prestigio y mejor colocado entonces. Ungido por el propio Bolívar el año 27, pero de pensamientos y sentimientos distintos a los de aquella clase, a la cual se asoció por interés personal y porque los acontecimientos lo llevaron a ese punto, y porque él había sido anti-bolivariano, o mejor, había sido bolivariano a la fuerza: Es notable que esa razón social fuera a parar a la quiebra, y que a Páez le tocara liquidarla, entregándole los bienes de ella a los acreedores, es decir, a los contrarios. Excuse este chabacano, pero exacto, simil mercantil.

Si de las Casas o Febres Cordero u otro hubiesen tenido envergadura, muy probablemente nos hubiésemos evitado setenta y más años de vergüenza caudillesca. Pero desgraciadamente los conservadores no fueron capaces, y la historia fué muy otra y todas estas suposiciones son cosa vana y sólo útiles en una charla como esta carta; y fatalmente debía ser otra. La única fuerza política resultante de la Independencia fué el ejército, y la república había de ser, por ello, como lo ha sido hasta ahora, una república militar. De la guerra, la única escuela de políticos, habían de salir las personas capacitadas, o a las cuales se les creía capacitadas para ejercer el gobierno. Eran los jefes del ejército, el que aún no existiendo de modo concreto, podían crearlo ellos en un momento dado, los hombres aptos para mantener el orden y la seguridad posibles. La experiencia del año 35 fué concluyente: el sabio Vargas no podía ser el gobernante sino Páez. Carujo no fué un loco sino un sociólogo. Los acontecimientos le dieron la razón. Al decir: "el mundo es de los valientes" su mundo no era sino Venezuela, su mundo chico, y Venezuela ha sido de los valientes: Páez, Monagas, Falcón, Guzmán (éste, mezcla de valiente y sabio), Alcántara, Crespo, Castro y Gómez. ¡Oh lista infausta que muestras cuánto sabía esa víctima de la historia llamado Carujo!

Este no poseía el don de expresarse en formas divinas como el Libertador, pero en un momento dado, —ambos eran hombres—, podía sentir de la misma manera que él. La tristemente célebre ocurrencia del pobre Carujo ante la digna actitud del Dr. Vargas, tiene sus raíces en el mismo sentimiento que impelió a Bolívar a escribir estos justísimos conceptos a Santander en su carta de 13 de junio de 1821, algunos días antes del triunfo de Carabobo:

“Por fin han de hacer tanto los letrados que se proscriban de la República de Colombia, como hizo Platón con los poetas en la suya. Esos señores piensan que la voluntad del pueblo es la opinión de ellos, sin saber que en Colombia el pueblo está en el ejército, porque realmente está, y porque ha conquistado este pueblo de manos de los tiranos; porque además es el pueblo que quiere, el pueblo que obra y el pueblo que puede. Todo lo demás es gente que vegeta con más o menos maldignidad o con más o menos patriotismo, pero todos sin ningún derecho a ser otra cosa que ciudadanos pasivos”.

Léase mi querido amigo, toda esa carta: en ella hallará un curso breve y luminoso respecto al *clima* político de nuestro pueblo.

De todas maneras no es el caudillo quien produce nuestro atraso, sino éste la causa de aquél. Por ello sería quizás mejor estudiarlo como un elemento de nuestras condiciones generales, físicas e históricas, las cuales al variar lo harán innocuo y, por lo tanto, le quitarán su calidad caudillesca. Fué este pensamiento el que me indujo a poner en boca de *El Joven*, al finalizar mi “República de Cain”, concretación simbólica del caudillismo, frases de esperanza respecto a su desaparición en Venezuela.

Perdone Ud. que me cite a mí mismo: mas ello viene al caso, porque pienso que nuestra patria ha alcanzado ya

el momento de su desarrollo en el cual comienza a hacerse posible el gobierno del cual resulten la paz y la seguridad en un grado suficiente, y no resulte él de una sola fuerza imperante, sino del equilibrio de varias. Con esto concurre a la noble conclusión de su tesis: la de la afirmación de la capacidad de Sur América y especialmente hoy de Venezuela para el establecimiento de repúblicas libres y prósperas.

Yo abrigo esa esperanza y debemos laborar porque ella se realice y ayudar de todo corazón a quien la representante y encarne, cada uno en la medida de sus fuerzas, a pesar de la amenaza de dictadura de ambos extremos, y de los intereses de cada uno de ellos, de las ambiciones de los revolucionarios y aunque voces pesimistas nos vengán de la ciencia misma.

Me refiero aquí a la fatalidad a que parece condenarnos Alexis Carrel, ese profeta lúgubre, nuevo Jeremías de esta época, cuando en "L'homme, cet inconnu" dice que muy probablemente una extrema luminosidad produce a la larga disminución de la sensibilidad y la inteligencia y que las razas inferiores habitan generalmente las regiones donde la luz es violenta y la temperatura elevada. ¡Ay, la divina luz del valle de Caracas y de las playas del Caribe, agentes de nuestra inferioridad!

Me refiero también a los estudios de André Sigfried respecto a los *climas políticos*, los cuales existen como los climas geológicos y los económicos. Así como las regiones andaluzas, había pensado yo algunas veces, producen el toro apropiado para el toreo, hasta el punto de que algunos ejemplares parecen querer contribuir más al lucimiento de la fiesta que a herir al torero y a luchar con él con sus embestidas, sólo por condiciones especiales del *clima* taurino andaluz, así Venezuela produce caudillos con especiales condiciones para el gobierno. Esta idea,

más humorada que pensamiento, parece concordar con los estudios de Sigfried, los cuales tienden a demostrar que ciertas regiones de Francia eligen invariablemente, por razones fatales de *clima* político, para su representación en el gobierno de la nación a hombres de determinadas ideas. Hay algunas que siempre han elegido a conservadores y derechistas y otras a liberales e izquierdistas. Sería quizás conveniente el estudio de nuestro *clima político* para ayuda de nuestra sociología.

Pero espantemos estos presagios pesimistas, más o menos inseguros, de una manotada y sigamos creyendo en un porvenir político noble y digno como lo augura el presente.

En fin, mi querido amigo, esta disertación en forma de carta no pretende probar otra cosa sino el placer acendrado producido en mi ánimo por su ensayo y el deseo de que Ud. siga estudiando y trabajando para el aumento de la dignidad y nobleza del clima literario venezolano.

Su afectísimo amigo y admirador.

Julio Planchart.

NOMINA DE LOS INDIVIDUOS DE NUMERO

- Sillón No.* 1.—*Dr. Alonso Calatrava.*
" " 2.—*Dr. Tomás Liscano.*
" " 3.—*Dr. Carlos Morales (electo).*
" " 4.—*Dr. Angel Francisco Brice.*
" " 5.—*Dr. Francisco Arroyo Parejo.*
" " 6.—*Dr. Pablo Ruggeri Parra (electo).*
" " 7.—*Dr. Alejandro Pietri.*
" " 8.—*Dr. Carlos Sequera (electo).*
" " 9.—*Dr. José Ramón Ayala.*
" " 10.—*Dr. Cristóbal L. Mendoza.*
" " 11.—*Dr. Rafael Caldera Rodríguez (electo).*
" " 12.—*Dr. Néstor Luis Pérez.*
" " 13.—*Dr. Carlos Jiménez Rebolledo.*
" " 14.—*Dr. Luis I. Bastidas.*
" " 15.—*Dr. Gustavo Herrera (electo).*
" " 16.—*Dr. Alejandro Urbaneja Achelpohl (electo)*
" " 17.—*Dr. Juan Bantista Bance.*
" " 18.—*Dr. Francisco Velancourt Aristeguieta.*
" " 19.—*Dr. Pedro Miguel Reyes.*
" " 20.—*Dr. Edgar Sanabria.*
" " 21.—*Dr. Juan José Mendoza.*
" " 22.—*Sr. Rafael Martínez Mendoza.*
" " 23.—*Dr. Juan Pensini Hernández (electo).*
" " 24.—*Dr. G. T. Villegas-Pulido.*
" " 25.—*Dr. Julio Blanco Uztáriz.*
" " 26.—*Dr. Pedro M. Arcaya.*
" " 27.—*Dr. Carlos Alamo Ibarra.*
" " 28.—*Dr. Ezequiel Urdaneta Braschi (electo).*
" " 29.—*Dr. Lorenzo Herrera Mendoza.*
" " 30.—*Dr. J. M. Hernández Ron.*
" " 31.—*Dr. Gustavo Maurique Pacanins.*
" " 32.—*Dr. Pedro Arismendi L. (electo).*
" " 33.—*Dr. Antonio Pulido Villafañe (electo).*
" " 34.—*Mons. Nicolás E. Navarro.*
" " 35.—*Dr. Simón Flanas Suárez.*



EMPRESA EL COJO, S. A.

C A R A C A S

1 9 4 9